

Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación ⁽¹⁾

Norbert Elias

Traducción de Armando Martínez Garnica

Uno de los más raros aspectos del desarrollo de la sociología, en el lapso de su primer siglo y medio de trabajos como disciplina relativamente autónoma, es su movimiento desde una perspectiva de larga duración hacia una de corto plazo, una suerte de estrechamiento del interés de los sociólogos a sólo

las sociedades contemporáneas —y sobre todo a sus propias sociedades—, tal como éstas se muestran en el presente y aquí, y un retraimiento del interés por el problema del cómo y por qué las sociedades, a través de los siglos, han devenido lo que son. Esa reducción del enfoque ha encontrado su más contundente expresión en el cambio acaecido en el tipo dominante de la teoría sociológica.

1. Esta ponencia fue presentada por Norbert Elias ante el Séptimo Congreso Mundial de Sociología que se realizó en Varna, entre el 14 y el 19 de septiembre de 1970. El texto original, en idioma inglés, fue publicado por la Asociación Sociológica Internacional en las Memorias de dicho evento (Soffa, 1972, vol. III, pp. 274-185). Esta primera traducción española fue realizada por Armando Martínez Garnica, gracias a las gestiones realizadas por Vera Weiler para la adquisición del texto original.

Durante la mayor parte del siglo XIX, las teorías sociológicas más representativas estuvieron centradas en el desarrollo social de larga duración; en cambio las de la segunda mitad del siglo XX —con excepción de algunas, entre ellas la mía— han abandonado por completo el

concepto de desarrollo social. Es así como esta noción ha desaparecido, al menos por un tiempo, de los libros de texto de la sociología. En contrapartida, el concepto de "sistema social" se ha situado en el centro de las teorías sociológicas, al tiempo que otros conceptos relacionados con aquel, tales como los de "estructura social" y "función social", son concebidos de un modo que sólo pueden servir como herramientas teóricas para el estudio de una sociedad en un estadio determinado y en un tiempo dado, de modo que sus movimientos son representados en forma desestructurada o, en otros términos, como cambios **históricos**.

La mutación del interés por la dinámica social de largo plazo hacia uno por la estática social de corto plazo se debe a muchas razones, las cuales no serán discutidas explícitamente en esta ponencia ⁽²⁾. Dado que el Séptimo Congreso Mundial de Sociología ha programado una mesa redonda sobre el tema titulado "Teorías importantes del desarrollo", quizás estemos en presencia de una señal de cambio. En efecto, hay una serie de signos que indican que el pro-

blema del desarrollo social en la larga duración —equivocadamente llamado **evolución**, dado que el desarrollo social es un orden secuencial sui géneris, sin relación alguna con la secuencia biológica llamada evolución— comienza a situarse nuevamente en el centro de la perspectiva.

No obstante, la reestructuración de la imaginación sociológica que se requiere para restablecer, a un nuevo nivel del conocimiento, el balance entre las aproximaciones estática y dinámica de la teoría social, en favor de la última, es una tarea descomunal. Disponemos ahora de muchos más datos que nunca sobre el desarrollo de las sociedades en la larga duración para avanzar. La construcción de modelos teóricos integradores que logren aproximarse a todos ellos no es una tarea fácil, además que muchos conceptos corrientes, tales como los de "estructura" y "función", significarían algo muy diferente de lo que hoy en día designan entre los estructural-funcionalistas y en otras escuelas de la sociología estática si son usados en el contexto de una teoría sociológica del desarrollo.

A nivel empírico, se han incrementado durante algún tiempo los estudios sobre el desarrollo de las sociedades, por lo menos sobre aquellas que se denominan hoy sociedades "en

2. Elias se había ocupado de este asunto en la introducción a la segunda edición de su opus magnum, *El proceso de la civilización* (Berna y Munich, 1969).

desarrollo" o "subdesarrolladas". Pero el interés que se ha puesto en el desarrollo de las sociedades "en desarrollo", en tanto problema empírico de la sociología, prácticamente no ha obtenido, hasta ahora, una respuesta a nivel teórico. La razón de ello es fácil de ver: expresiones tales como "sociedad en desarrollo", "subdesarrollada" indican un particular giro de la perspectiva de los representantes de las sociedades ricas, pues es en las sociedades más desarrolladas donde estos términos son habituales. Puesto que su uso supone que las mismas sociedades altamente industrializadas no se encuentran ya en desarrollo o, para este fin, no son ya "subdesarrolladas", se concluye entonces que el estadio presente de ellas debe ser ampliamente representado como carente de futuro, como la etapa final.

La corriente restricción del uso del término "en desarrollo" a los países más pobres sugiere que los sectores representativos de las naciones más ricas, quienes registran el desarrollo sólo en otras, están satisfechos consigo mismos. Excepto en un sentido muy limitado, no le asignan valor alguno al desarrollo posterior de su propia sociedad y, por tanto, su interés por su desarrollo hasta su propio tiempo también se ha reducido. Mientras pueden quizás ver que el desarrollo es, en los países muy

pobres, la columna vertebral que estructura su historia, en el caso de los países ricos, las naciones industrializadas del mundo, parecen registrar sólo una historia pero no un desarrollo; más exactamente, no un desarrollo en proceso, de tal suerte que la "historia" parece ser solamente una preocupación marginal del sociólogo.

Entre las muchas razones que explican en la sociología el cambio de las teorías del desarrollo social en la larga duración por las teorías estáticas de corto plazo, la siguiente es evidentemente una: las circunstancias actuales de las sociedades "avanzadas" son examinadas, en las teorías sociológicas, como si fuesen un estadio final inmutable. La perspectiva de corto plazo de muchas de las teorías sociológicas más prestigiosas de nuestro tiempo se manifiesta en las abstracciones similares a leyes provenientes de aspectos seleccionados de las sociedades contemporáneas "avanzadas", presentadas con la pretensión de ser aplicables a las sociedades de todos los tiempos y lugares. Las teorías sociológicas construidas alrededor de conceptos tales como "sistema social" son un ejemplo de ello. Ellas reducen los procesos de cambio estructurado y direccionado de larga duración, a los que puede aplicarse el concepto de desarrollo y de los cuales son

ejemplos los procesos de industrialización, burocratización, tecnificación y urbanización, e incluso los procesos de construcción del estado y de la nación, a un estado inmóvil como su condición permanente, aun cuando estos cambios son apenas percibidos como un flujo desestructurado, como "historia".

Unas cuantas observaciones preliminares pueden ayudar a aclarar las cartas del juego. Con el propósito de contribuir a la mesa redonda sobre las "Teorías importantes del desarrollo", comienzo delimitando el tema de la discusión: o se trata de las teorías históricas, tal como fueron construidas por Toynbee o Spengler, o de las teorías sociológicas del desarrollo de larga duración. Como difícilmente podemos hoy dar por hecho que la distinción entre la aproximación a los cambios sociales como **historia** y la aproximación a los mismos como **desarrollo** esté suficientemente comprendida, pienso que sería útil declarar explícitamente, de entrada, mi compromiso con la última aproximación. Puedo entonces contribuir a las deliberaciones exponiendo, en la perspectiva de mi teoría de los procesos de larga duración en la formación del estado, algunos de los problemas que se encuentran en la investigación de los procesos de construcción de la nación, la última fase de una larga sucesión de

procesos de formación del estado, por lo menos en el desarrollo de las sociedades europeas.

En sí mismos, este tema no es ajeno a la transformación de la percepción personal que ocurre cuando se cambia un paradigma sociológico estático por otro paradigma del desarrollo, pues uno gana acceso a problemas anteriormente soslayados. Exceptuando a Reinhard Bendix, pocos sociólogos han estudiado el problema de la construcción de la nación y ninguno, hasta donde conozco, ha estudiado los procesos de formación del estado en la larga duración y su importancia, empírica y teórica, para los sociólogos. La información sobre este tipo de procesos se encuentra alrededor nuestro, pero para poder integrarla al propio tejido conceptual se requiere un tipo de paradigma teórico que no se abstraiga del flujo temporal y reduzca, en la reflexión, a segmentos estáticos lo que cada uno observa como un continuo movimiento.

Muchos constructores de teorías sociológicas contemporáneas parecen creer que un tipo de abstracción modelado a ejemplo de la física clásica —abstracciones en la forma de generalizaciones similares a leyes, las cuales dejan por fuera de la abstracción todo lo que acontece en la secuencia temporal— es el auténtico distintivo de

una empresa científica. Quizás no ha sido establecido suficientemente que las abstracciones utilizadas en las distintas ciencias pueden variar ampliamente. Algunas de las abstracciones que se encuentran en los conceptos y teorías biológicas son muy distintas de las generalizaciones en forma de leyes de la física clásica. Otras involucran figuraciones espaciales y secuencias temporales de larga duración. Podemos entonces ver claramente que, a su modo, la elaboración de la teoría sociológica tendrá que moverse en una similar dirección. La dificultad estriba en que el tipo de teoría que surgirá en cada caso no se corresponde con la imagen ideal de una teoría que el más eminente de los sociólogos teóricos de nuestros días parece dar por establecida, pese a que ella es un tipo de resaca filosófica del tiempo de la física clásica.

Tomemos uno de los ejemplos mejor conocidos de una teoría sociológica, esencialmente estática, de nuestro tiempo: la teoría que intenta abordar los problemas de la sociedad presentándola como un "sistema social". Me complace registrar que el mayor exponente de las teorías contemporáneas del sistema social, Talcott Parsons, se encuentra entre nosotros. Soy un crítico del sistema intelectual que él ha constituido. Una mesa redonda, en el seno del Congre-

so Mundial de Sociología, es el sitio apropiado para la exposición de algunas de las razones de mi actitud crítica. Sólo algunas, ya que mi tiempo es limitado y que me gusta combinar mis observaciones críticas con algunas sugerencias relativas a los aspectos positivos de una teoría sociológica del desarrollo que puede, por sí misma, justificar la crítica. Por lo demás, mi actitud crítica hacia el sistema intelectual de Parsons está respaldada en el respeto que siento hacia su persona. Uno puede estar en desacuerdo con él, pero no puede poner en duda su franqueza intelectual y su integridad, como tampoco la amplia capacidad de su poder de síntesis, una de las mayores cualidades de este eminente constructor de teoría. Sin embargo, no puedo convencerme que este don lo haya utilizado en una justa causa. Aún para propósitos analíticos, el supuesto de que las "acciones" forman una especie de átomos de las sociedades humanas me parece una de aquellas generalizaciones formales estériles, demasiado distantes de las tareas de la investigación para que puedan ser confirmadas, o rechazadas, mediante referencias a la información observable. ¿Por qué hemos de situar las "acciones" en el centro de una teoría de la sociedad, en lugar de las personas que actúan?

En general, las sociedades son redes de seres humanos, en vez de combinaciones de acciones incorpóreas. No es fácil apreciar como el atomismo de tal teoría de acción sociológica sea capaz de correr aparejada bajo la misma yunta, como caballo del mismo establo, con una teoría de sistema abiertamente no atomística, según la cual cada cosa en una sociedad es una parte dependiente de un todo altamente integrado y normalmente en buen funcionamiento. También el modelo de la sociedad como un "sistema social", una maquinaria social normalmente bien aceitada donde todas las partes engranan armoniosamente, se encuentra alejado de la dura y desordenada vida social de los hombres, tal como uno realmente la observa.

Es indudablemente difícil aplicar dicha teoría a las grandes sociedades del pasado, pese a que dispusieron de una mayor integración entre sus regiones, sus estratos sociales e incluso de sus inmigrantes, que la mayoría de nuestros contemporáneos estados nacionales de Europa. La teoría de Parsons representa a la sociedad como un sistema altamente integrado, de tal suerte que parece pretender para sí el estatus de una teoría sociológica general, aplicable a todas las sociedades humanas. No puede uno evitar preguntarse si acaso no se trata de una generali-

zación, idealista y superampliada, abstraída de los estados nacionales modernos y proyectada a todo el mundo. ¿Puede el modelo parsoniano de "sistema social", con su unidad supuestamente integradora de valores y de cultura, efectivamente aplicarse a los estados esclavistas de la antigüedad, donde las distancias sociales, las desigualdades entre los estratos sociales y las diferencias en su cultura y en sus valores eran con frecuencia mucho mayores, y la integración regional frecuentemente mucho menor, que en nuestros contemporáneos estados nacionales industrializados? ¿Puede aplicarse, por ejemplo, a los imperios asirio o romano? ¿O a los estados confederados de los siglos XVIII y XIX, con su masiva población esclava? ¿O a la Rusia dinástica, con sus jerarquías terratenientes privilegiadas, funcionarios estatales y masas de siervos rurales?

Si uno mira alrededor, en la literatura sociológica de nuestro tiempo, fácilmente puede comprobar que los estados nacionales, un tipo específico de formación social, no tiene lugar en el campo de investigación de los sociólogos. Se requiere algún tiempo para descubrir que los estados nacionales hacen su aparición, como tópico de la sociología contemporánea, bajo un disfraz característico. Las referencias a ellos se encuentran

encubiertas por un tipo específico de abstracción. Se ocultan bajo conceptos tales como "el todo social" o "sociedad total" y sobre todo, bajo "el sistema social". Aunque estos conceptos pueden ser aplicados a otras formaciones sociales relativamente altamente integradas, tales como las tribus, la mayor parte de lo que se dice sobre la sociedad como un "todo", o como un "sistema social", en las teorías sociológicas, tal como la de Parsons, ha sido seleccionado, abstraído y destilado de las sociedades más altas y estrechamente integradas de nuestro propio tiempo, los estados nacionales.

Puesto que los problemas de los estados nacionales constituyen el tópico principal de mi contribución a esta discusión, pienso que podría ser útil indicar la relación que existe entre estos problemas y las más destacadas teorías contemporáneas de sistema. Estas tienen un carácter meramente descriptivo, frecuentemente con matices teleológicos. En el modelo de Parsons, la conservación de un sistema social unificado, equilibrado y en buen funcionamiento, frecuentemente aparece como el propósito y la meta hacia la cual se dirigen todos los eventos partícipes. Por ejemplo, uno de tantos la descripción del poder como "una facilidad para la ejecución de una función, en el interior de la sociedad y en

beneficio de ella, como un sistema". Frases como ésta muestran con claridad el modo como la abstracción es puesta al servicio de un ideal específico.

Como en muchos otros casos, tipos ideales como el anterior, abstracciones meramente descriptivas, similares a leyes, sirven —sin duda no deliberadamente en este caso— como disfraces para los valores subjetivos. La teleología sirve como un sustituto de la explicación. Si uno se propone aterrizar el concepto de "sistema", si uno pregunta cómo y por qué los procesos integradores de larga duración, ejemplificados por los procesos de formación del estado y de construcción de la nación, realmente ocurrieron y ocurren, puede uno preparar el terreno para la aparición de un modelo sociológico explicativo. Uno dirige su atención al problema del por qué, durante el transcurso del tiempo, "sistemas" relativamente grandes **llegaron a ser y llegan a ser** en estos casos más altamente integrados, y sus "partes" funcionalmente **más interdependientes**.

Sin embargo, esta clase de preguntas apenas puede ser planteada, fortalecida y cobrar importancia cuando uno tiene a su disposición un conocimiento de largo plazo suficientemente vívido y amplio, que nos permite mirar retrospectivamente a lo largo de los siglos y percibir

la continuidad del desarrollo de las sociedades que condujo, pongamos, desde la multitud de estados dinásticos de los siglos XI y XII, relativamente pequeños y escasamente integrados, por el camino de un gran número de esfuerzos de integración y desintegración, gradualmente, hacia unidades sociales más grandes, más densamente pobladas y más estrechamente integradas, en forma de estados dinásticos mayores, y luego a las extensas sociedades más altamente integradas e interdependientes, hasta ahora, los estados nacionales industrializados. A menos que uno pueda percibir este proceso de larga duración, no es posible llegar a darse cuenta del problema. ¿Cómo puede explicarse que un desarrollo de las sociedades se prolongara, en este caso, por siglos, a través de tantas escisiones y fusiones, de tantos esfuerzos de integración y desintegración, en dirección hacia la formación de sociedades más grandes y más estrechamente unidas? ¿Cómo puede uno explicar el hecho de que, por siglos, este cambio hubiese tenido una dirección específica aunque no hubiese sido planeada? ¿Acaso hubo alguien allí para planearlo, y para ejecutar dicho plan? He dado una respuesta parcial a este problema en otro lugar ⁽³⁾. Así que,

como una contribución a nuestro problema de las teorías sociológicas del desarrollo en la larga duración, me concentraré en el examen de unos cuantos problemas de la última fase de este proceso, en los procesos de la construcción de la nación.

Ignorando los procesos de integración y desintegración de larga duración como tópicos, teóricos y empíricos, de la investigación sociológica, los sociólogos han sumergido su disciplina en un bien conocido dilema. La omisión ha cristalizado su división en dos escuelas diametralmente opuestas: una de ellas sitúa la colaboración, la integración funcional y la interdependencia en el centro de su modelo de sociedad; la otra, en cambio, la tensión, la división y el conflicto. Cualesquiera que sean las razones principalmente ideológicas para esta división, una investigación de larga duración sobre los procesos de formación del estado y de construcción de la nación puede mostrar que cada esfuerzo hacia una mayor interdependencia, hacia una integración más estrecha de los grupos humanos previamente independientes, o menos dependientes, o menos recíprocamente dependientes, atraviesa por una serie de conflictos y tensiones de integración específicas, de equilibrio de luchas de poder que no son accidentales sino concomitantemente es-

3. Cfr. Norbert Elias: El proceso de la civilización, ob. cit.

tructurales de estos esfuerzos hacia una mayor interdependencia funcional de las "partes" dentro de un "todo".

Si dos grupos se hacen más, o más recíprocamente, interdependientes de lo que eran anteriormente, cada uno de ellos tendrá razones para temer ser dominado, e incluso aniquilado, por el otro. Después de muchas pruebas de resistencia, la lucha puede resultar en una fusión. Puede resultar en una unidad social dominada por un grupo, aunque esté compuesta por ambos. Puede también resultar en la completa desaparición de uno de ellos en la nueva unidad que emerge de su lucha. Existen muchas otras posibilidades. La complejidad de estas integraciones no nos interesa por ahora. Basta señalar que cada movimiento hacia una mayor interdependencia funcional entre grupos humanos engendra tensiones estructurales, conflictos y luchas, que pueden o no permanecer inmanejables.

Los procesos de construcción de la nación muestran esto con claridad. Dos tipos principales de procesos de integración sobresalen en su curso, cada uno con sus luchas de integración específicas: los procesos de integración territorial o regional, y los procesos de integración de los estratos sociales. Aunque podamos distinguirlos, ambos se encuentran estructuralmente co-

nectados. Por lo tanto, en el análisis de algunos de sus aspectos, hay que moverse de uno al otro. Una de las primeras y escasas personas que han preguntado directamente y sin rodeos "¿qué es una nación?", fue el gran sabio francés Ernest Renan (1823-1892). Algunas de las observaciones y reflexiones contenidas en su conferencia *¿Qué es una nación?* ⁽⁴⁾ son aquí de importancia. El vio con gran claridad, por ejemplo, un hecho que hoy en día es frecuentemente encubierto u olvidado: que las naciones son algo bastante nuevo en la historia ⁽⁵⁾.

Las ideologías nacionales usualmente representan a la nación como algo muy antiguo, casi eterno e inmortal. Realmente, las sociedades estado sólo asumieron en Europa el carácter de estados nacionales, en términos generales, después de la segunda mitad del siglo XVIII. Renan señaló que ninguna de las grandes potencias del mundo antiguo tuvo el carácter de nación. Aún más, constató que nunca existieron ciudadanos en la China milenaria. Incluso pudo haber registrado que en los tiempos posteriores las personas fue-

4. Ernest Renan: *Qu'est-ce qu'une nation?* Paris: Calmann-Lévy, 1882. Existe versión española: *¿Qué es una nación?* Madrid: Alianza, 1987.

5. Cfr. Ernest Renan, ob. cit., p. 2 (p. 61 en la traducción española de Alianza Editorial).

ron tratadas, y generalmente se reconocieron a sí mismas, como sujetas a príncipes, en vez de ciudadanos de una nación. El propio término "ciudadano", durante un tiempo, tuvo un sesgo de oposición, si no uno revolucionario. Los estados alcanzaron las características de estados nacionales, en otras palabras, en relación con los cambios específicos acaecidos en la distribución del poder dentro de una sociedad estado. Estos fueron, de una parte, un cambio en la distribución del poder entre los estratos sociales, así como en la propia naturaleza de la estratificación social. De la otra, un cambio en la distribución del poder entre los gobiernos y los gobernados.

El cambio en la naturaleza de la estratificación usualmente es conceptualizado como un cambio desde una estratificación definida en términos de estados diferentes, cada uno de ellos con privilegios e inhabilidades legalmente establecidos, hacia una estratificación bajo la forma de clases sociales, cuyos miembros eran iguales ante la legislación estatal y desiguales sólo social y económicamente. Esta transición, tal como los procesos de construcción de la nación en sí mismos, fue mucho más gradual de lo que corrientemente se ve. Los grupos privilegiados de nobles terratenientes que contaban con un dominio fuertemente

monopolístico sobre las posiciones de mando de las fuerzas militares de sus países, la diplomacia, los departamentos del servicio civil y de asuntos exteriores, retuvieron en la mayor parte de los países europeos su carácter distintivo de poderoso estrato social sui generis, como la clase alta europea, hasta la Primera Guerra Mundial, pese al creciente poder de los distintos sectores de las clases medias. La ecuación del poder cambió lentamente, durante el siglo XIX, en favor de estas últimas. Pero las anteriores, la aristocracia europea y sus grupos afines, se vincularon y distinguieron de los otros grupos por una tradición específica, una cultura de clase propia, retenida hasta 1918 y en algunos países, sobre todo Inglaterra, durante mucho más tiempo, no solamente su posición como el grupo de más alto estrato, sino además un especial acceso a una posición privilegiada dentro del establecimiento del país que les aseguraba al menos un mínimo de su anterior exceso de poder en relación con las clases media y baja.

Es útil recordar el notable papel que los sectores representativos de las tradicionales clases altas europeas continuaron jugando en los asuntos de las sociedades europeas, al menos hasta la Primera Guerra Mundial, si se quiere entender la

gradualidad con la cual los estados dinásticos se transformaron en estados nacionales. Siguiendo a Marx, y tal vez malinterpretando un poco su modelo de desarrollo de las sociedades europeas, muchas personas tienen hoy en día una imagen demasiado simplificada del cambio ocurrido en la estratificación de las sociedades europeas, el cual desempeñó un papel importante en el tránsito de los estados dinásticos a estados nacionales. Conforme a esa imagen, la revolución francesa representa una ruptura absoluta entre un orden en el cual lo que Marx llamó "clases feudales" (príncipes, terratenientes aristócratas y grupos relacionados) formaba la "clase dominante" ⁽⁶⁾ de la sociedad, y un orden social en el cual la burguesía quebró el poder de las "clases feudales" y tomó su lugar como la clase dominante de la sociedad. En realidad, los príncipes y grupos rurales aristócratas de una clase u otra continuaron desem-

peñando un papel muy decisivo, como específico polo de poder, en la mayor parte de las sociedades europeas posteriores a la Revolución Francesa.

Durante la mayor parte del siglo XIX, el eje principal de los conflictos y tensiones sociales de las sociedades europeas no fue el enfrentamiento entre los trabajadores y los capitalistas. El siglo XIX fue, permanentemente, un período de luchas tripartitas entre propietarios aristócratas y élites cortesanas, grupos de clase media industrial en ascenso y, detrás de ellos, las clases trabajadoras industriales emergentes. La expresión "clases medias", como término clasificatorio aplicado a las clases empresariales, poco apropiado en nuestros días, se refiere a su posición en esta lucha tripartita de clases. Mientras que las clases trabajadoras industriales se mantuvieron durante la primera parte del siglo XIX e incluso más allá, organizadas sin mucha efectividad, a duras penas alfabetas y muy pobres, la lucha de las clases urbanas empresariales por una mayor participación en los asuntos del estado y contra la dominación de las tradicionales clases altas fue durante un tiempo más intensa, al nivel del estado, que la que libraron algunos sectores de trabajadores y empresarios, la cual aún permanecía normalmente latente y, si acaso llega-

6. Marx no diferenció claramente los primeros tipos de nobles medievales, aquellos que sólo disponían de escasos o nulos ingresos monetarios, del tipo dominante del siglo XVIII: la aristocracia cortesana que vivía en gran medida de un ingreso monetario. Llamar a ambos tipos "feudales" es erróneo. En *La sociedad cortesana* (1969) he mostrado algunas de esas diferencias y algunas de las razones por las cuales una nobleza feudal tardía se transformó en una aristocracia centrada en la Corte.

ba a manifestarse abiertamente, lo hacía de una forma ampliamente esporádica, difusa e intermitente, a duras penas librada con algún grado de efectividad más allá del nivel local antes de la segunda mitad del siglo XIX. El poder, en lento crecimiento, de las clases trabajadoras industriales organizadas, contribuyó decisivamente al acercamiento entre los intereses de los industriales y de los terratenientes. La reducción de la tensión entre éstos, que frecuentemente llevó a su compromiso y alianza en una lucha común contra los representantes de la clase trabajadora, asumió formas distintas en las diferentes sociedades, pero corrientemente fue el preludio del ascenso de los hombres que representaban las tradiciones de las clases medias industriales urbanas a las posiciones de dirección del estado y, por otra parte, del retroceso gradual en esas posiciones de los miembros de las antiguas clases altas, quienes apenas preservaron un mínimo de sus tradiciones e ideales. Así las anteriores estuviesen representadas por las figuras de Gladstone, Thiers o Stressemann, su advenimiento fue un síntoma del ascenso de sectores de las anteriores clases medias, de las clases industriales urbanas, hacia la posición de grupo central del estado. Las clases medias, podría decirse, habían logrado integrarse al es-

tado, o, como señaló Parsons, habían sido "incluidos". Pero esta conceptualización no es completamente adecuada, pues da la impresión de que un nuevo estrato ha sido "incluido" en un "sistema social" que, como tal, se ha mantenido sin cambios⁽⁷⁾.

7. Parsons reconoce muy claramente que un "sistema" puede ser dividido en clases superiores e inferiores. De este modo, puede verse que "sistema" es una reducción sofisticada para un país como Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Explícitamente, menciona casos en los cuales una clase alta monopoliza el status de afiliación efectiva, tratando a la clase baja como una ciudadanía de segunda clase. Evidentemente, se horrorizaba al contemplar la severidad de las luchas y conflictos que constituyen una parte integral del ascenso de los ciudadanos de segunda clase, de los cuales es un buen ejemplo la lucha entre las clases medias industriales en ascenso contra las clases altas aristocráticas. Así es como Parsons formula su preocupación (en *Perspectivas evolutivas y comparativas de las sociedades*, Prentice Hall, 1966, p. 22): "Por estas razones, los procesos de diferenciación y ascenso *pueden requerir* (subrayado mío) la inclusión de un status de afiliación completa en el sistema comunitario general, significativo para los grupos anteriormente excluidos que han desarrollado capacidades legítimas para 'contribuir' al funcionamiento del sistema".

Una vez más la perspectiva teleológica de Parsons se impone. El "funcionamiento del sistema" es el fin. Si grupos anteriormente excluidos han desarrollado "capacidades legítimas" que les permiten contribuir al funcionamiento del sistema entonces no deberían ser excluidos más. Como puede verse, el "sistema" no cambia. Los grupos recientemente admitidos únicamente encajan en él. Ninguna expli-

Efectivamente, el ascenso de los representantes de las clases empresariales a una posición de mayor poder, dentro de la sociedad estado, fue un síntoma de una transformación acaecida en el "sistema" mismo. Este ascenso marca el punto de no retorno en el que los vestigios del régimen aristocrático-dinástico de la sociedad se desvanecen lentamente en el antecedente, y en el que el estado ingresó en su primera fase como estado nacional desarrollado: la primera fase, porque amplios estratos de la nación permanecieron aún extensamente excluidos y marginados. Al hablar de "dos naciones". Disraeli encontró una forma expresiva para nombrar esa fase. Es posible que no sea extraña a la figuración de la tensión tripartita de la sociedad, durante la segunda parte del siglo XIX, que en Alemania, al igual que en Inglaterra, los dirigentes de los grupos conservadores comprometidos con los intereses rurales, Bismarck y Disraeli, cada uno a su modo, tratase de mejorar las condiciones de las clases trabajadoras con la esperanza, por

cación es ofrecida en lo que respecta a las personas que juzgan si un grupo excluido ha desarrollado capacidades legítimas para poder encajar en el sistema existente. Uno no sabe qué admirar más: si la sinceridad y buena voluntad manifestada, o la ingenuidad desarmante e incomprendida que aquí se encuentra.

un lado, de ganárselas como aliadas en su lucha contra los partidos más representativos de los grupos urbanos manufactureros y liberales y, del otro, con el fin de oponerse al crecimiento de los partidos de la clase obrera.

Puede entonces afirmarse que la industrialización y la construcción de la nación son dos aspectos de la misma transformación de las sociedades. Pero no es posible indicar con claridad esta conexión si no se relacionan estos dos procesos con un cambio global en la distribución de las oportunidades de poder en la sociedad. Hay una manera simple de mostrar este cambio, si bien se requeriría una mayor elaboración para hacerlo de forma convincente. Los estados dinásticos son característicos de una etapa del desarrollo de las sociedades en la que los recursos del poder son distribuidos muy desigualmente entre las élites gobernantes y la masa de la población. En muchos casos, el 90% o más de la población de un país carece de los medios institucionales y de los canales regulares de comunicación que le permitiría influir sobre las decisiones que afectan su existencia, tomadas por los grupos que tienen acceso a las posiciones de mando del estado. Incluso el acceso a las asambleas del estado, con muy pocas excepciones, en la práctica sólo

se abre a pequeños grupos de la élite. En muchos casos príncipes y gobernantes son capaces de gobernar durante largos períodos sin permitir a las asambleas de estado reunirse. Nada es más característico del cambio en la distribución del poder, indicada por la transformación de los estados dinásticos en estados nacionales que la emergencia de partidos de masas como institución regular de los estados nacionales. El amplio descontento con los partidos de masas que no aseguran una auténtica participación de los grupos que ellos nominalmente representan oculta el problema sociológico básico al cual uno se enfrenta: la gran regularidad con que los partidos de masas se forman, como instituciones permanentes, en todas las sociedades avanzadas y aun en las menos avanzadas de nuestro tiempo.

Regularmente, uno deja de preguntar: ¿cuáles desarrollos y cuáles estructuras sociales explican la emergencia de los partidos políticos nacionales y los gobiernos de partido como instituciones regulares durante los siglos XIX y XX? Ineficaces o no, los partidos nacionales y los gobiernos de partido son expresiones de una etapa del desarrollo de las sociedades en la que la integración de la población estatal se ha hecho más estrecha, en la que ya no es posible

tomar decisiones que afecten por completo las vidas de la población de un país sin canales regulares de comunicación entre quienes toman las decisiones y quienes se ven afectados por ellas. El balance de poder entre los grupos con acceso a una posición que les permite tomar decisiones sobre las vidas de otros y los grupos con escaso o nulo acceso a estas decisiones ya no es tan desigual como lo fue en las etapas más tempranas del desarrollo social. La reciprocidad de la dependencia de los gobiernos respecto de aquellos a quienes gobiernan, y de los gobernados respecto de sus gobiernos, aunque todavía es muy desigual ha llegado a ser menos de lo que solía ser antes. La naturaleza de los partidos en los diferentes países es un indicador bastante exacto de este balance de poder y de sus fluctuaciones.

La relación entre la institución social de los partidos y las particularidades de los estados nacionales es algo evidente. Las sociedades incorporan las características de las naciones si la interdependencia funcional entre sus regiones y entre sus estratos sociales, así como sus niveles jerárquicos de autoridad y subordinación devienen lo suficientemente grandes y lo suficientemente recíprocos como para que ninguno de ellos sea capaz de subestimar por com-

pleto lo que los otros piensan, sienten o desean. El gobierno liderado por un partido y la adopción conjunta, de los gobiernos y de los partidos, de diseños ideológicos destinados a convencer a la masa de la población de que consideran el mejoramiento de sus condiciones y el avance del bienestar de la nación como su tarea central, son expresiones del pronunciado cambio efectuado en el balance de poder entre el gobierno y los gobernados, del cual he hablado. No cabe duda que aún los más avanzados de nuestros contemporáneos estados nacionales industrializados se encuentran todavía en las primeras etapas de estos procesos de construcción de la nación. No he podido explicar aquí las razones por las cuales han sido puestos en marcha, ni tampoco trataré de predecir el futuro diciendo en cuál dirección tienen que marchar e ir más lejos. Pero quizás he clarificado algunas de las relaciones entre eventos que frecuentemente son clasificados bajo distintos encabezamientos en los medios académicos. Los partidos políticos, e incluso las naciones, pueden dejar de ser objeto del interés de los sociólogos, las clases sociales, no ser más del de los politólogos; mientras que la industrialización puede ser vista como campo reservado a los economistas y, los estados dinásticos, al historiador. Sin embargo, las relaciones

están allí disponibles para que todos ellos puedan verlas, siempre que tengan una perspectiva de larga duración y centren su atención en las cambiantes relaciones de poder entre los distintos grupos sociales.

Por ahora simplemente he tratado de poner en perspectiva el problema de la construcción de la nación. Las autoimágenes de las naciones, por razones acerca de las cuales he de decir más, regularmente dan a los miembros de cada una de ellas la impresión de que su nación ha existido inalterable, en lo esencial, por muchos siglos o acaso desde siempre. Lo que hoy en día es enseñado como historia del país de cada uno de nosotros, a despecho de los muchos cambios que hayan ocurrido entre los habitantes de tal país a través de los siglos, puede regularmente acomodarse a los requerimientos de una autoimagen nacional que representa a la nación de cada uno de nosotros como inalterable, en sus características básicas, a través de los tiempos. Las sociedades estatales contemporáneas, que aún se encuentran en las primeras etapas de los procesos de construcción de nación y de formación de estado, ya están en muchos casos comenzando a construir una imagen similar de sí mismas: una imagen del pasado nacional con la cual las generaciones presentes puedan identi-

ficarse, proporcionándoles un sentimiento de orgullo en su propia identidad nacional, y la cual puede servir como catalizador en un proceso de construcción de nación que normalmente incluye la integración de grupos regionales dispares y de estratos sociales diferentes, alrededor de ciertos grupos dominantes centrales.

Hay mucho que decir sobre el estudio objetivo de estos procesos. Pero para hacerlo hay que ser capaz de distinguir entre las ideologías nacionales que presentan a la nación como un sistema social perfectamente integrado e inalterable, dotado de alto valor, y los procesos de integración y desintegración observables y de larga duración, en el transcurso de los cuales las tensiones y luchas entre las tendencias centrífugas y centrípetas, y entre los grupos establecidos y los marginados, acontecen como un rasgo característico regular de la estructura de estos desarrollos. Hay que ser capaz de representar las naciones como un tipo específico de integración que requiere ser explicado, y que no puede ser explicado a menos que sean reconocidos los procesos de formación del estado y, como una de sus etapas, los procesos de construcción de la nación, como procesos de larga duración en la secuencia temporal, y considerar que el proceso de construc-

ción de la nación, lejos de representar el último y definitivo momento de un proceso de formación del estado, puede ser continuado por integraciones en un nivel postnacional superior, del cual uno puede ver los comienzos, por ejemplo, en Europa Occidental y Oriental, entre los grupos de estados árabes y en algunos de los estados africanos.

Sociológicamente hablando, la exploración científica de estos esfuerzos contemporáneos de integración y desintegración puede arrojar luz sobre los esfuerzos anteriores de este tipo, realizados sobre los procesos tempranos de formación de estados, y viceversa. El supuesto de que los problemas sociológicos de nuestro tiempo y los de las épocas pasadas tienen, o pueden ser investigados, para decirlo de alguna forma, en compartimentos separados y por disciplinas académicas distintas, es muy equivocado. De hecho, el estudio de los procesos sociales de larga duración y, especialmente, de los procesos de integración y desintegración, muestra claramente la necesidad de contar con un marco teórico unificado e integrador para las ciencias sociales. Sus actuales fronteras y sus incesantes luchas por status, junto con los efectos de estas luchas sobre las teorías y las convenciones de la investigación, han impedi-

do crecientemente su avance hacia una mayor certidumbre y adecuación del conocimiento que ellas producen en su campo especializado de la sociedad humana. Estos límites y luchas refuerzan la tendencia hacia las

perspectivas de corto plazo que predominan en la mayoría de esas disciplinas. Tarde o temprano, será necesario emprender un reexamen de sus relaciones tradicionales.